

MARGARITA TORRES SEVILLA

**LA DIMENSIÓN MILITAR EN EL OCCIDENTE
AL TOMEDIEVAL (SIGLOS V - X):
UNA APROXIMACIÓN A SUS RAÍCES
TARDORROMANAS Y GERMANAS**

URBANO ESPINOSA Y SANTIAGO CASTELLANOS
(EDS.)

**COMUNIDADES LOCALES Y DINÁMICAS DE PODER
EN EL NORTE DE LA PENÍNSULA IBÉRICA
DURANTE LA ANTIGÜEDAD TARDÍA**

UNIVERSIDAD DE LA RIOJA
SERVICIO DE PUBLICACIONES
2021

LA DIMENSIÓN MILITAR EN EL OCCIDENTE ALTOMEDIEVAL (SIGLOS V-X): UNA APROXIMACIÓN A SUS RAÍCES TARDORROMANAS Y GERMANAS

Margarita Torres Sevilla

“Así pues, quien añora la paz, que prepare la guerra; quien desea la victoria, que instruya a los soldados con toda diligencia; quien quiere resultados favorables, que luche con estrategia y no lo deje al azar. Nadie se atreve a provocar; nadie se atreve a ofender a quien entiende que es superior en la lucha”.

(Flavio Vegetio Renato, *Epitoma rei militaris*).

La dimensión militar en el Occidente europeo durante los siglos V al X requiere establecer, indefectiblemente, unos puentes interpretativos con la realidad anterior a la gestación creadora de los reinos germanos, es decir: esbozar el camino conforme a los modelos bélicos, tácticos y estratégicos tardorromanos.

A partir de Adrianópolis (378), las hasta entonces anárquicas o primarias formas de combate visigodas en particular, y las germanas en un marco más amplio, comenzaron a beber directamente de las mismas fuentes nutricias que abastecían al modelo romano. No es menos cierto que después de asimilar exclusivamente su formulación teórica, suman a ésta el eje motriz propio del caudillaje militar (*Heerkönig*) que con tanta efectividad se había desenvuelto en esta batalla y en otros momentos de dificultad táctica. Esta forma de vinculación se asienta, como es conocido, sobre el lazo *ad personam* y no hacia la institución. El rey no sólo debe distinguirse por su adscripción a una estirpe significada, sino también por ser el primero entre los guerreros. Mas si la herencia germana late con

energía en las formas de perfilar la dimensión militar en Occidente a partir de la desfacción romana del s. V, a la hora de abordar el estudio de estas cuestiones en este Oeste de Europa se observa que la huella romana se mantiene honda y fresca en cada práctica de la guerra, tanto entre los merovingios o los visigodos, por centrarnos en dos ejemplos, como entre los ejércitos carolingios, otónidas, leoneses o andalusíes, por alargar en el tiempo nuestra perspectiva de análisis y trasladarla hasta el año 1000.

La problemática militar a la que debe enfrentarse el Imperio Romano en el s. V difiere notablemente entre Oriente y Occidente. Occidente aparece ya marcado desde los inicios del gobierno de Honorio. Si en el 395 no existen asentamientos bárbaros independientes, treinta años más tarde, en el 425, nos encontramos establecidos mediante tratados de lasa interpretación jurídica los reinos Burgundio, Vándalo, Suevo, Visigodo, y la pérdida efectiva y muy real de Britania, abandonada a su suerte. De hecho, esta situación fuerza a la maquinaria imperial a plantear una defensa interna y otra externa, a dividir sus esfuerzos en dos frentes, con el subsiguiente desgaste.

Por lo que se refiere a la dimensión militar germana, una fuente de la que trataremos más adelante, *el Strategikon* atribuido al emperador bizantino Mauricio (siglo VI), divide a los enemigos del Imperio en cuatro grandes grupos conforme a sus técnicas de combate: los persas, los escitas -entre los que incluye a los avaros, turcos y los tipos húngicos-, los bárbaros occidentales constituyen un tercer bloque, es decir: los suevos y las razas que denomina "*de cabellos claros*", y finalmente los eslavos y los pueblos del bajo Danubio¹.

En la misma línea de común denominador para los germanos occidentales, se muestra el historiador, también del s. VI, Procopio, que había combatido personalmente a godos y vándalos y quien al describirlos hace hincapié en las escasas diferencias que perciben entre ellos. Por nuestra parte, no deseamos incidir sobre aspectos étnicos o raciales, que carecen de sentido alguno, o rastrear diferencias insustanciales para nuestro discurso, sino recomponer los rasgos esenciales en la fusión de ambos modelos de concepción militar, el romano y el germano, que en Occidente se plasmarán en una serie de diferencias y similitudes entre los distintos territorios surgidos a raíz del siglo V y hasta la décima centuria.

De ambas bases partiremos, aunque antes de abordar estos aspectos hemos de detenernos, siquiera sea brevemente, en una introducción genérica a las formas tácticas definidas en los manuales bélicos en uso durante todo este amplio período de cinco siglos, pues en ellas se resumen las calidades y cualidades del ejército romano y su continuador natural: el bizantino que, no lo olvidemos,

1. Mauricio, *Strategikon*, II, 1-4, Dennis (1984).

mantuvo su presencia armada en el espacio hispano y norteafricano occidental hasta bien avanzado el s. VII.

Esencialmente nos referimos al *Epitoma rei militaris*, que debemos a la mano de Flavio Vegetio Renato, al *Strategikon*, atribuido al emperador Mauricio de Bizancio (siglo VI) y a los consejos de Constantino Porphyrogénito y León VI, que nos apuntalan en excepcionales pilares los cimientos del modelo de estas centurias entre el V y el X, si bien junto a sus recomendaciones hallaremos en la ejecución práctica rasgos de la propia concepción de la guerra de los pueblos germanos occidentales y, más adelante, de las fuerzas musulmanas, a partir del 711.

1. La aportación romana y bizantina: la teoría de la guerra

1.1. *Epitoma rei militaris*

La obra conocida como *Epitoma Rei Militaris*, debida a la mano de Publio Flavio Vegetio Renato, ha sido a lo largo de la Edad Media uno de los tratados latinos que ha sobrevivido en mayor número de copias, debido a sus tempranas traducciones a las lenguas romances y a las vernáculos y, también, a su carácter de auténtico tratado del arte de la guerra durante los siglos entre la Antigüedad y el Renacimiento².

A su evidente valor como libro de cabecera de las élites militares durante este período, debemos sumar la propia fecha de su redacción, excelente punto de arranque para nuestro rastreo ya que, según las últimas líneas de investigación, debe datarse durante el gobierno de Theodosio I (m. 395)³, al filo de esa transición en Occidente que nos servirá de anclaje del eje del presente trabajo y cuya vigencia pervive, por lo que a nosotros respecta, hasta el punto y final del mismo: el año 1000.

Se estructura en cuatro libros, a lo largo de los cuales el autor aborda aspectos claves como las formas de reclutamiento, el entrenamiento de las tropas, las estructuras internas de las diferentes unidades militares y sus mandos, los órde-

2. La impronta de su huella, en el número de manuscritos conservados, y en las aplicaciones prácticas de la estrategia y la táctica durante este período ya fue analizada sucintamente en dos trabajos de cierto impacto entre los especialistas aunque de más que notable brevedad: Springer (1979) y Schrader (1981).

En la que fuera su tesis doctoral, leída en la Universidad de Oxford a comienzos de los años noventa del pasado siglo, Milner realizó un completo estudio de esta obra, su transmisión manuscrita, su impacto en el Medioevo europeo y su influencia en otros tratadistas de la guerra durante la Edad Moderna (Milner 1991). Remitimos a ella, para un más profundo análisis de estos aspectos, y nos serviremos de su excelente edición en inglés que compatibilizaremos con la original latina cuando resulte oportuno (Milner (2001).

3. Apuestan por ella decididamente, entre otros Barnes (1979) y Milner (2001).

nes de batalla, la logística, la disciplina, las modalidades de castramentación, la batalla y sus diferentes modelos tácticos, las fortificaciones y los asedios, la armada y la guerra naval.

De su impacto entre los ejércitos entre las centurias V y X encontramos cumplidas noticias, sin ir más lejos, en Hispania. Las formas efectivas en las que se planea el avance de las tropas del rey Wamba durante el episodio de rebelión del duque Paulo, por ejemplo, responden de forma directa a los consejos y recomendaciones explicitados por Vegetio en su libro. Igualmente, hallamos su rastro en los apoyos logísticos y otros aspectos tácticos esenciales, que debemos a los años posteriores a la entrada de los árabes en la Península, y que nos recuerdan los mismos modelos de comportamiento que aconsejaba este escritor tardorromano experto en la guerra y su plasmación en situaciones de conflicto armado.

La circulación de este manuscrito, constatada y constatable entre los merovingios, los carolingios y los reinos occidentales europeos, así como el empleo directo, especialmente en las prácticas de castramentación y en las formas de concebir y diseñar una batalla, nos hablan mejor que ninguna otra prueba de su validez como manual operativo a lo largo de estos siglos objeto de estudio, de la misma manera que el *Ars Tactica* de Arriano, puede considerarse como la lectura básica para el aprendizaje de las formas de combate del arma de caballería, si bien su herencia se difumina más en Occidente, aunque no por ello dejemos de rastrearla, entre otras formas de ataque y defensa, sin ir más lejos en el denominado *tornafuye* propio de las huestes cristianas leonesas y, más tarde, castellanas⁴.

1.2. *Los manuales militares bizantinos: el Strategikon de Mauricio, la influencia de Constantino Porphyrogénito y León VI en las formas de combatir en el Occidente europeo*

Es bien cierto que, entre el comienzo del siglo IV y el de la séptima centuria, la realidad política en el Mediterráneo romano sufrió notables cambios así como la asimilación de nuevas amenazas a las que responder, lo que forzó, desde la perspectiva estratégica, una renovación de respuestas ante situaciones de conflicto. Sin embargo, y pese a que el centro de la herencia romana imperial se traslada definitivamente a Oriente, a Bizancio, no es menos cierto que la búsqueda de un cierto grado de unidad, ya por la fuerza o por vía diplomática, se volvió a emprender en determinados momentos, en especial durante el reinado de Justiniano. Gracias a sus iniciativas militares, una parte de Hispania, Italia y de África regresaron a soberanía romana, o, por ser más precisos, bizantina. A lo largo de este periodo, el arma

4. No obstante su índice de impacto no puede compararse a la obra de Vegetio, por lo que aquí simplemente dejamos apuntado este aspecto. Para el lector interesado en una mayor profundización teórica, remitimos a Torres Sevilla (2002b), 831-838.

esencial será la caballería, pesada y ligera, de arqueros o lanceros, según nos describe en sus escritos Procopio, relator privilegiado de este tiempo.

Cuando el emperador Mauricio, a quien se atribuye el presente texto, asciende al trono en el 582, la idea motriz de recomposición de la autoridad imperial romana pretendida por Justiniano sigue vigente, aunque los enemigos no sólo se encuentren en Occidente, ese sueño de expansión, sino, sobre todo, en las propias fronteras orientales de Bizancio. Las reformas militares que emprende, como, por ejemplo, la creación de los exarcados de Ravena en Italia y de Cartago en África, responden a una necesidad de respuesta novedosa. Fruto de ella nacerá el *Strategikon*.

Las innovadoras reformas de este monarca, tendentes a la modernización y readecuación del ejército, garantizaron unas expectativas de éxito notable a las fuerzas bizantinas hasta el siglo X. Para él, uno de los cambios más radicales consistió en la finalización del sistema de tropas semiprivadas al servicio de generales con ideas no siempre correlativas con la dinámica imperial, o afectas a su sistema de valores políticos. Para Mauricio, el ejército debía encontrarse al servicio del estado, no de sus comandantes, y constituirse en una tropa sobre la que afianzar el imperio.

Sin abandonar la cómoda práctica del servicio mercenario como apoyo a las tropas, se buscó y consiguió una intensa cohesión interna entre las nacionales. La unidad básica de su sistema, tanto en infantería como en caballería, se constituía a través del *tagma* o *bandon*, aproximadamente unos trescientos combatientes⁵. La forma de denominación *bandon* procede de la costumbre de asignar a la unidad, de infantería o de caballería ligera o pesada, una bandera identificativa y distintiva propia⁶.

Consiste el *Strategikon* original en once libros, a los que más adelante, y por iniciativa del propio autor, se sumó un duodécimo. En ellos se analizan todos los aspectos de una correcta práctica militar conducente al éxito. En buena medida su contenido se desarrolló sobre las experiencias y escritos previos, como el manual del propio Vegetio, ya mentado aquí, y también sobre la cotidianidad del choque con enemigos de la talla de los persas, a los que hubo de hacer frente Mauricio. A través de éstos alcanzó a los musulmanes posteriormente su influencia, y también merced a los contactos culturales y diplomáticos entre el Este y el Oeste del Mediterráneo, arribó hasta las costas de la Península Ibérica, donde su

5. *Maurice's Strategikon*, X-XIII, Dennis 1984.

6. Término, el de bandera, que encontraremos en Occidente, en las centurias finales de nuestro marco cronológico, utilizado por los cronistas e historiadores musulmanes para referirse a las unidades básicas del ejército emiral y califal andalusí.

incidencia quedó plasmada en las formas de plantear las batallas o las incursiones –orden de marcha– en territorio enemigo.

Mientras que la demostración de coraje en el campo de batalla o en el encuentro personal se convertirá en una marca de carácter entre los ejércitos del Occidente europeo, para los bizantinos el éxito estribaba en la consecución de un objetivo preestablecido que, en ocasiones, impelía la prudencia, evitar el choque armado o utilizar una táctica distinta para cada distinto adversario. Si resumimos las palabras del propio Mauricio, que fueron seguidas por sus oficiales durante siglos: no se ganan batallas por superioridad numérica o valor, sino, con el favor de Dios, mediante una meditada planificación y un empleo adecuado de la inteligencia⁷.

El manual imperial, en uso frecuente hasta el siglo X, coincidió con las ideas expresadas por Constantino Porphyrogénito y León VI⁸, con los que convivió y terminó por constituir una triada de libros de cabecera del arte militar en el Oriente europeo que, a través del contacto temprano con los árabes, terminó por hacerse un hueco propio en Occidente, gracias a los andalusíes y, mediante el roce fronterizo habitual en la *dar al-harb*, la morada de la guerra, infiltrarse sutilmente en algunos modos militares norteños cristianos, especialmente entre los leoneses.

La sistematización de la práctica táctica y estratégica de la dimensión militar propuesta por Mauricio y perfeccionada y readaptada por Constantino Porphyrogénito y León VI –a los que podríamos sumar en menor medida de importancia a Nikephoros Phokas y Nikephoros Ouranos⁹–, podría resumirse en las palabras del propio León VI, a través de su traducción inglesa gracias a Haldon:

“...Tactics is the science of movements in warfare; there are two types of such movement –by land, and by sea. Tactics is the strategical art of formations, weaponry and military movements. Strategy is the discipline, which is to say

7. A propósito de estos consejos y de su puesta a punto concreta durante los siglos objeto de estudio, remitimos, entre otros trabajos reseñables, al de W. Kaegi y a algunos de J. Haldon, ambos autores versados en la guerra y el ejército bizantino. Véanse: Kaegi (1981); Haldon (1984) y (1999).

8. Sobre el manual debido al impulso de León VI, el *Leonis imperatoris tactica*, encontramos dos versiones, la una editada en la versión griega de la colección referencial conocida como *Patrología* (en concreto en PG 107, cols. 672-1120), y en una antigua recopilación que vio la luz en Budapest entre 1917-1922 e incluye los comentarios sobre el arte de la guerra y su práctica debidos a Constantino (Vári (1917-1922)). Una versión moderna de las directrices militares, estratégicas y tácticas que aconsejaba Constantino Porphyrogénito, la hallamos en: Haldon (1990).

9. Los *Praecepta militaria* de este monarca, así como los asociados a Nikephoros Ouranos (*Taktika*), aparecen analizados con rigor y minuciosidad en la obra dedicada al ejército bizantino en el siglo X por McGeer (1995), a la que remitimos al lector interesado, donde encontrará la trascipción de las mismas, así como su estudio exhaustivo.

*the study and exercise, of the virtues of commanders together with stratagems, or indeed the achievement of victories. The aim of tactics is to defeat the enemy by all possible plans and actions...*¹⁰.

2. La esencia germana: el modelo del caudillaje militar y sus implicaciones

La estructura social germana en Occidente, siempre según las fuentes romanas, muestra unos patrones de articulación en los que es necesario detenerse para comprender la importancia que, en la dimensión militar altomedieval, mostrará el modelo del caudillaje, directo heredero de una forma de comprender la guerra característica de los bárbaros.

La mayoría de los asentamientos aparecen dominados por una o varias familias nobles a los que se refieren las fuentes latinas como *optimates* y *proceres*. Algunos *optimates* ejercen su influencia sobre varios asentamientos, si bien residen en uno sólo de ellos. La suma de sus fuerzas forma un *pagus*, bajo la directa autoridad de un linaje real. No existen medidas exactas, ni siquiera aproximadas, sobre la extensión de estos conjuntos de *pagi* bajo soberanía de un monarca, si bien a través de algunas crónicas, como la de Amiano Marcelino, podemos deducir que cuantos más *optimates* apoyaran a un soberano, tanto más relevante y prestigiosa era su posición, con independencia de los lugares que controlara cada uno de estos nobles sobre los que afianzaba su poder. Cita este autor, cuando describe el encuentro de armas de Straßburg (357), a los monarcas más poderosos entre los alamanes y los apoyos sobre los que se reafirmaban:

*“...En esta ocasión, todos estos pueblos belicosos y sanguinarios eran conducidos por Chonodomario y Serapión, que gozaban de un poder superior al de los demás reyes. El verdadero instigador de toda esta revuelta, Chonodomario, con una pluma rojiza sobre su cabeza, audaz y confiado en la gran fortaleza de sus músculos, marchaba al frente del flanco izquierdo y acudía allí donde se preveía que la lucha sería más dura...destacaba entre los demás por el brillo de sus armas, por su valentía como soldado y por sus éxitos insuperables como general. En cuanto al flanco derecho, estaba encabezado por Serapión, que aún era un joven casi imberbe, pero cuya eficacia iba por delante de su edad. Era hijo de Mederico, el hermano de Chonodomario...A éstos les seguían otros reyes de poder casi similar -concretamente cinco-, diez príncipes, una larga serie de nobles, y treinta y cinco mil soldados de nacionalidades diversas, que luchaban, algunos, a cambio de un sueldo y, otros, obligados por un pacto, ya que debían devolver algún favor...”*¹¹.

10. *Leonis Imperatoris Tactica* I, 1-4; Cfr. Haldon (1999), 35.

11. Amiano Marcelino, *Historia*, 16.12.23-26.

Si regresamos a la misma fuente, encontraremos unas nuevas variables que nos servirán en nuestro camino interpretativo: la sacralización de la monarquía, como forma de potenciar los lazos entre ésta y los *optimates*, y la elevación al trono de un capacitado caudillo militar, cuya habilidad en la guerra marca sus posibilidades de mantenerse en el poder. Fijémonos en este último aspecto concreto:

*“...Entre los burgundios, el rey es conocido normalmente como “Hendinos” y, de acuerdo con una antigua costumbre, debe abandonar el poder si, durante su mandato, sufren una derrota en la guerra o la tierra les niega una cosecha abundante...”*¹².

Pero no sólo las cualidades bélicas, esto es: el caudillaje militar, marcan las posibilidades de acceder o conservar el trono entre las monarquías germanas, también las débiles bases articulares sobre las que se asienta la distinción entre los *regales* y los *optimates* ayudan a explicar las sucesiones de príncipes sin lazos de parentesco de primera o segunda generación, las disputas entre los diversos candidatos al cetro o, incluso, los golpes de estado abierto a menudo maquillados bajo la forma de una derrota en batalla, la ineficacia del anterior caudillo o excusas similares generalmente, aunque no de forma exclusiva, asentadas sobre las cualidades como *Heerkönig* del monarca¹³.

Su apoyo armado, el *comitatus* que llaman los romanos, se compone de las tropas de los *optimates* a las que se suman las propias del príncipe. La forma más eficaz de establecer una ligazón firme pasaba por el intercambio de presentes y favores, de los nobles con sus guerreros, del monarca con los primeros. Si la recompensa correspondía a las expectativas del receptor, la fidelidad estaba garantizada, si no era así, se corría el riesgo de un atentado contra la *auctoritas* o la propia persona del rey y/o su familia más próxima.

Encontramos ejemplos de este lazo en algunos poemas épicos germanos como *Beowulf*. En el diálogo entre el héroe y Hrothgar, este último recuerda, después de alabar su carácter, que:

*“... You have brought it to pass
That peace-bond, friendship, shall tie our peoples,
Geats and Spear-Danes, in common kingship,
And strife shall sleep, malicious attacks*

12. Amiano Marcelino, *Historia*, 28.5.14.

13. Estos aspectos aquí esbozados han sido tratados, en cuanto a los aspectos genealógicos, en algunos trabajos previos de especialistas, como el ya clásico de P. Heather (1989) sobre los Amalos. Aunque alejado en el tiempo, respecto a estos momentos iniciales, más de cinco centurias, resulta de notable interés la publicación de R. Fletcher (2002) sobre la misma temática, pero en la Inglaterra anglosajona de los siglos X y XI, a la que también remitimos.

*Which they weathered before; so long as I rule
This broad kingdom we shall give treasures,
And many shall greet each other with gifts
Across the gannet's bath. The ring-necked boat
Shall carry overseas gifts of friendship,
The strongest tokens. I know our peoples
Will stand fast knitted toward friend and foe,
Blameless in everything, as in the old manner...*¹⁴.

Alude el antiguo poema épico al que acabamos de referirnos a la práctica común entre los pueblos germanos del intercambio de regalos como forma de garantizar los vínculos *ad personam* recién creados o preestablecidos con anterioridad al momento presente. Se trata de una costumbre que no sólo hallamos presente entre los anglosajones sino, también, entre otros pueblos presentes en el Occidente tardorromano durante los siglos IV y V.

Estrechamente relacionada con la práctica del cruce de presentes encontramos, como forma de afianzar esos nuevos lazos, como manera de asegurar un juramento entre pueblos o caudillos, o como simple garantía de verdad, la sacralización de la espada. En ella se resume el honor del individuo que la porta e, incluso, el del linaje en el que se incardina, pues como es bien sabido se trata de un arma que se transmite de padres a hijos en el seno de una estirpe.

Aunque podríamos detenernos en los ya conocidos y manidos ejemplos francos y visigodos a este respecto, preferimos rememorar el caso de los alanos, también estrechamente vinculado al oeste del Imperio durante estas centurias claves. Recoge Amiano Marcelino que:

*“...a la manera bárbara, clavan una espada desenvainada en el suelo y la veneran como su dios guerrero, divinidad que preside las regiones que van recorriendo...”*¹⁵.

También nos recuerda el mismo autor que con ocasión de una petición de paz por parte de Vitrodoro, hijo del rey Viduario, en su nombre y en el de los suyos, no basta la entrega de sus propios hijos como rehenes de garantía de respeto hacia las condiciones impuestas por Roma, sino que hubieron de asegurar su palabra mediante la ceremonia de la espada:

14. Esta fuente muestra unos rasgos descriptivos que señalan como tiempo vital del poeta el s. VII. Para estos aspectos específicos de datación, así como para la exacta referencia de los versos que acabamos de extractar, remitimos a la edición del mismo que debemos a la mano de Chickering (1989).

15. Amiano Marcelino, *Historia*, 31.2.23.

“...sacaron las espadas que ellos veneran como divinas y juraron que iban a ser leales...”¹⁶.

Esta misma respuesta vamos a encontrarla de forma continuada a lo largo de los siglos V al X. El simbolismo que adquiere esta arma podemos rastrearlo a lo largo de dichas centurias ininterrumpidamente: las espadas tienen nombres¹⁷, son regalos de los dioses al guerrero destacado¹⁸, se inhuman con su propietario para que su fama se conserve intacta y no caiga en manos inadecuadas. Si se produce una profanación de sepultura, el muerto tiene derecho a defender su propiedad y el honor asociado a su arma personal. Si la pierde en el combate, se estima que el nuevo propietario, vencedor del héroe muerto, puede conservarla¹⁹, aunque no siempre ésta responda conforme a sus deseos, sino que parece gozar de vida propia pues ha sido adquirida mediante métodos indignos. Incluso se considera su pérdida en combate como el mayor de los daños, pues con ella se queda sobre el campo, o en poder de quien no se considera adecuado para blandirla, parte de la esencia de la fama a ella asociada gracias al uso de la misma durante una o varias generaciones²⁰.

Entre los anglosajones, además, se recuerda la magia inherente a la espada de linaje y que se transmite al descendiente que porte el nombre del heroico

16. Amiano Marcelino, *Historia*, 17.12.21.

17. Mossé (1933), 50.

18. *Har ar Saga Grímkelssonar*; cap. 15 (Cfr. Lecouteux 1999).

19. *Bar ar Saga Snaefellsáss*, cap. 18, en Jonson (1947).

20. Un ejemplo del elevadísimo valor que se atribuye a la espada en el mundo hispano tardoantiguo y altomedieval aparece en la transmisión de estos objetos de padres a hijos, o entre miembros de una misma familia, o la recepción del arma personal de un héroe como señal inequívoca del favor de éste y de la elevada consideración como guerrero que a sus ojos adquiere el ahora poseedor. Quizás el caso más conocido por la mayoría de los especialistas, aunque notablemente posterior a los hechos que reflejamos y estudiamos aquí, sea la cesión de las espadas del Cid a sus yernos y toda la simbólica dotación asociada a este rasgo de generosidad interesada. Sin irnos tan lejos en el tiempo, regresando al marco cronológico que nos ocupa, en el siglo X hallamos abundantes menciones al intercambio de espadas, a la asociación de cualidades morales y guerreras a las mismas, a la protección que Dios –o Allah– concede a su propietario, si es digno, e, incluso, las penas elevadísimas impuestas a aquel que, fruto de su torpeza o debilidad, pierde una de estas espadas simbólicas en el campo de batalla, permitiendo su transmisión a un individuo de cualidades desconocidas. Este último ejemplo lo hallamos en un diploma de la décima centuria, posterior a la campaña de Almanzor contra Santiago de Compostela (997), en el que se especifica que uno de los hombres del conde Osorio Díaz hubo de entregar a su señor, a manera de compensación, su parte en la villa de Mao (Galicia) “...*pro sua spata, quam ei perdiderat*...” (Lucas Álvarez 1986, doc. 109). Entre los germanos del norte, además, se asociaba la espada, que se transmitía de generación en generación, a una fuerza femenina sobrenatural que, en antiguo noruego, hallamos con el nombre de *fylgjukona*, una figura harto próxima en concepto a la de las muy conocidas *valkyrjar*. Este papel, sin duda, se encuentra en directa relación con la propia y ancestral costumbre de la sacralización de las armas y el carácter de la mujer como guardiana y transmisora ocasional de las mismas.

antepasado homónimo y que suceda a éste en su posición, prestigio y patrimonio. También se rememora la costumbre de introducir en la dote a la esposa la entrega de este arma con la esperanza de que la mujer transmita su propiedad al descendiente, una costumbre que se mantuvo viva más adelante entre los nórdicos y que nos capacita para afirmar que se trata de una tradición enraizada desde los primeros momentos del contacto con los primitivos pueblos germanos²¹.

No obstante, quizás uno de los casos más conocidos a este respecto por la literatura científica sea el de Æþelstān, hermano del rey Alfredo, que poseía la espada que una vez perteneció, dos siglos antes, al rey Offa de Mercia. También durante este reinado, encontramos presente entre los anglosajones la costumbre del juramento sagrado sobre la espada o el anillo²², ancestrales costumbres y normas que, una vez más, engarzan el mundo tardoantiguo con el altomedieval en Occidente a través de la herencia germana.

Una sacralización de las armas más representativas del combatiente que aparece, indefectiblemente, unida a la fama, al honor del individuo. El código de honor personal de los bárbaros en la guerra les lleva a comportamientos a caballo entre lo heroico y el derroche absurdo de valor, incluso cuando está en juego la propia vida. Junto a ejemplos de desafío y duelo personal, las crónicas romanas y aún los cantares germanos antiguos ofrecen datos significativos que permiten recrear las reglas del juego del guerrero y su propia dignidad²³. Así, Amiano Marcelino recuerda, cuando describe las cualidades de los alanos que a éstos:

“...les agradan los peligros y las guerras. Para ellos es afortunado quien ha perdido su vida en la lucha y, en cambio, insultan a los que llegan a la vejez o los que mueren de forma accidental, acusándoles de degenerados y cobardes. Además, cuando matan a un hombre, nada les enorgullece más como prenda triunfal que arrancarle la cabeza, cortarle el cuero cabelludo y colocarlo sobre sus caballos a modo de adornos de guerra...”²⁴.

El prestigio de un monarca, de un príncipe, de un paladín se encuentra en directa relación con su capacidad de respuesta heroica ante un conflicto o de sacrificio a cambio de mantener el honor personal y el de su estirpe inmaculada. Quizás uno de los ejemplos más paradigmáticos de este código de comportamiento, que condena a la realización de actos de valor suicida, lo encontremos

21. Pollington (1996), 44-45.

22. Remitimos al trabajo de Ellis Davidson (1994), 210 ss.

23. Sobre esta conceptualización del héroe, nos parece de obligada consulta Huppé (1971), 1-28.

24. Amiano Marcelino, *Historia*, 31.2.22.

en la muerte de Saro (413), que se enfrentó al ejército del visigodo Ataulfo con apenas si entre 15-20 hombres a su servicio²⁵.

Pero si bien este firme pilar de alianza entre el caudillo y la hueste que le sirve le proporciona la seguridad necesaria para plantear una respuesta inmediata a los ataques romanos, o, incluso, diseñar pequeñas incursiones en territorio enemigo destinadas esencialmente al saqueo, no es menos cierto que, a partir de la segunda mitad del s. IV, pero, especialmente, a lo largo del s. V, la solidez de estos lazos vinculatorios, así como el osmótico equilibrio alcanzado mediante el aprendizaje de las tácticas y prácticas de guerra romanas, permitió a los bárbaros plantearse con visos de éxito la infiltración y asentamiento en territorio imperial, como de hecho es de sobra conocido que ocurrió. Esta instalación obedece a tres modalidades esenciales: acuerdo entre ambas partes que implica mantener cierto aprovisionamiento a Roma a cambio de cesión de tierras y la aceptación de oficiales imperiales para los contingentes de tropas germanos; una segunda variedad creada sin sanción de ningún tipo, lo que originará múltiples tensiones, como el reino de los francos salios, o la penetración de los suevos, vándalos y alanos en Hispania; y, finalmente, un tercer modelo pactista más cómodo y seguro para ambas partes, particularidad que encontramos durante el asentamiento visigodo en Aquitania (418), alano en la Galia (440-442) o burgundio en el mismo territorio galo (443-456)²⁶. Unos modos u otros acabarán por fusionar de manera particular las formas y costumbres, la práctica en la guerra, creando una nueva dimensión militar.

3. La dimensión militar en los territorios del Occidente de Europa: el resultado de una fusión de modelos conceptuales teóricos romanos y de liderazgo personal germano

3.1. Galia: de los merovingios al imperio carolingio

Sin duda el principal poder emergente en la Europa occidental posterior a la irrupción de los bárbaros fue el imperio carolingio. Surgido sobre las bases francas merovingias, es directo sucesor y heredero de su práctica militar, aunque su posición geoestratégica preeminente fuerce a una readecuación de algunas estructuras primarias, tanto dentro del ejército como en las fronteras.

Si para los gobernantes merovingios de la Galia, el factor fundamental sobre el que ejercer su control fue el mantenimiento y conservación de las ciudades y

25. Olympiodorus, *History*, 18 (Blockley 1983).

26. Por su interés, remitimos para estos aspectos puntuales a la obra colectiva centrada en la Galia del s. V (Drinkwater y Elton, 1992). Dentro de ella, consideramos destacables, para la temática que nos ocupa, las aportaciones de Nixon, Burns y Heather.

urbes fortificadas, no es menos cierto que éstas se convirtieron durante esta etapa en verdaderas unidades políticas, militares, económicas y religiosas, siguiendo la dinámica de comportamiento que encontramos presente en la Galia tardorromana. El legado romano militar se encuentra vivo y presente, casi como si se tratara de una continuación natural, en el propio sistema merovingio. El cronista Gregorio de Tours nos refleja a la perfección esta herencia cuando describe las formas en las que los merovingios optan por presentar batalla, buscan una adecuada base preparatoria logística, mantienen el sistema de fortificaciones, etc²⁷. Incluso a la hora de esbozar las actividades de uno de los caudillos, Mummolo²⁸, y sus actividades, lo hace de tal maneja que bien podría considerarse a éste el más significativo y eficaz comandante de tropas merovingio, el más sabio estratega y táctico, el mejor y más carismático caudillo, una mezcla perfecta entre el viejo sistema germano tradicional y la práctica teórica tardorromana, un hombre que operaba, en opinión de Bachrach, “*with the advice found in the military handbooks such as Vegetius’s De Re Militari*”²⁹.

En palabras de Reuter, si bien otras sociedades medievales han sido descritas en la producción historiográfica contemporánea como “*organized for war*”, el imperio carolingio y su heredero el otónida fueron ampliamente “*organized by war*”³⁰. Su fuerza coercitiva se utilizó ampliamente para subyugar a los pueblos que amenazaban de una manera directa sus fronteras, o para precintarlas en la medida de sus posibilidades: sajones, magiares, vikingos, musulmanes, fueron sus principales problemas, aunque la respuesta ante los mismos no siempre alcanzó similar grado de eficacia.

La dimensión militar carolingia buscó adaptarse de la mejor manera posible a los condicionantes que marcaban la diferencia entre sobrevivir y desintegrarse: hubo que adecuar el sistema de impuestos, garantizar la operatividad de las vías de aprovisionamiento, unas estructuras de apoyo logístico, por supuesto garantizar unas remesas humanas suficientes, una cadena de mando operativa y una fuerte inversión en defensa estática y flexible³¹.

27. No deseamos incidir más en estos aspectos, en tanto en cuanto han sido perfectamente analizados en la primera producción historiográfica de Bachrach, a cuyo conjunto de obras sobre la práctica de la guerra en el mundo merovingio remitimos. No obstante, queremos dejar constancia de su excelente aportación, y a todo un clásico en esta materia, sobre la organización militar durante este periodo (Bachrach 1972).

28. Acerca del papel jugado por este personaje a lo largo del siglo VI, hallamos diversas referencias en Gregorio de Tours en sus libros IV y VII de su obra *Decem Libri Historiarum*. En cuanto a un análisis de sus intervenciones e impacto político de su actuación, resulta de utilidad el contexto general que ofrece Woods (1999), 94-96 y 167, en su obra genérica sobre los reinos merovingios.

29. Bachrach, (1995), 7-13.

30. Reuter (1999), 13-35.

31. Una revisión más completa de estos aspectos singulares aparece en Leyser (1994).

Si bien los adversarios diferían de los anteriores al s. V, no es menos cierto que las bases teóricas de trabajo bebían de las mismas fuentes romanas tardías y bizantinas. Y otro tanto podríamos decir a propósito de las formas de plantear un orden de marcha en territorio enemigo, una batalla, las prácticas de la guerra de asedio, o el mismísimo armamento utilizado y las formas de identificar a las distintas unidades en combate hasta los tiempos del propio Carlomagno³². Se trata, pues, de una herencia directa y de una vinculación con el pasado que se imbrica más y mejor con la teoría creada sobre la práctica de siglos por el Imperio Romano.

Conocemos la presencia real de dichos tratados teóricos, que fueron copiados durante la etapa carolingia con cierta abundancia y precisión. Quizás el más exitoso en cuanto a su circulación fuera el que debemos a Vegetio. Conocemos, por ejemplo, la versión revisada y adaptada a la práctica carolingia de la guerra que de dicho manual ordenó confeccionar el arzobispo de Mainz a mediados del s. IX, Hrabanus Maurus, o la copia destinada a la biblioteca de Carlos el Calvo que debemos a la iniciativa del obispo Frechulfo de Lisieux³³.

Pero si por algo se caracterizó también el modelo carolingio, fue por el mantenimiento del liderazgo carismático en la línea vital más puramente germana. El éxito en la guerra conlleva prestigio, incremento de la autoridad y consolidación de las redes de poder personal del caudillo, noble o monarca. El fracaso, por su parte, supone el origen de toda inestabilidad y el cuestionamiento del propio sistema.

A lo largo del s. VIII observamos que sobre el ejercicio de las armas se afianza el liderazgo de la propia dinastía carolingia. Si fijamos dos marcos cronológicos precisos, nuestro análisis responderá perfectamente a la hipótesis planteada: 687-751³⁴. Durante este período, la familia pipínida mediante sus éxitos militares apartará del camino hacia el trono a todos aquellos que pretendan constituirse en una amenaza para el propio territorio o para ellos mismos, lo que permitió crear en torno a los mayordomos de palacio el halo de eficacia necesario para convertir a sus miembros en el referente carismático de aquellas décadas. Unas bases lo suficientemente sólidas para que Carlomagno pudiera optar con éxito a una coronación imperial en el año 800.

32. Dos son los trabajos que continúan siendo básicos sobre esta materia, a pesar del tiempo transcurrido entre su publicación y el momento actual, y que no podemos por menos de incorporar, puesto que ahondan en estas cuestiones específicas. Nos referimos a Ganshof (1970), 57-68; Last (1972), 77-90. A ellos hemos de sumar el más reciente recorrido general que debemos a Coupland (1990), 1-21.

33. Reuter, (1999), 19.

34. Hemos marcado el 687, año de la batalla de Tertry, como el inicio real del poder de los Pipínidas, siguiendo la opinión de Fouracre (1984), 1-31 y otros autores.

Las campañas emprendidas por este monarca consolidaron las fronteras y permitieron extender el imperio a costa de los territorios lombardos, carintios, bávaros, de Thuringia, Sajonia, Frisia, Bretaña del sur y la Marca Hispana. Pero sus éxitos militares no tuvieron semejante continuación entre sus sucesores. A lo largo del s. IX, un destacado número de campañas tuvieron como objetivo combatir en enfrentamientos civiles. Por si no bastase esta perturbación, las amenazas externas, derivadas de la piratería musulmana y vikinga, azotaron sin remisión las tierras carolingias. Unos problemas a los que pronto se sumaron las incursiones de la confederación magyar, cuyas prácticas de guerra se basaban en rápidos golpes de efecto sobre contundentes ataques en profundidad con sus fuerzas de caballería y arqueros³⁵.

Así concluye nuestro recorrido adentrándonos en la décima centuria, en la que el mundo franco ha de centrar sus esfuerzos en las fronteras y en la defensa contra estos invasores de oportunidad y frente a las amenazas piráticas. Una perturbación que también sacude las vértebras del sistema militar carolingio, convirtiendo a concretos personajes de la *prima nobilitas* en los referentes carismáticos capaces de consolidar su prestigio sobre bases similares a las que asentaron a los pipínidas en el poder. Quizás uno de los más conocidos sea la leyenda tejida en torno a la valía como caudillo militar de Roberto el Fuerte, ancestro de los capetos, o la que se genera sobre Arnulfo de Baviera o Alan de Bretaña, por mentar dos casos más.

Como resumen final de este rápido recorrido, podemos extraer las siguientes conclusiones directas: si el s. VIII sirvió para convertir a los pipínidas en monarcas sobre la base de sus cualidades carismáticas en la guerra, el IX conllevó en un primer momento la práctica de la guerra de expansión y consolidación de fronteras, afianzada sobre la superioridad práctica y teórica carolingia, mientras que su segunda mitad y parte de la siguiente centuria asistieron a la introspección bélica que convirtió las querellas civiles en las protagonistas de estas décadas. Una problemática a la que se sumaron las amenazas externas, piráticas y magyares, forzaron a una práctica de la guerra en dos frentes: interior y fronterizo, debilitando el sistema y aún a la propia monarquía. Finalmente, el s. X asistió a la consolidación de ciertas familias de la alta nobleza territorial, cuyos miembros se habían consagrado como líderes militares capaces de garantizar la supervivencia y aún de convertirse en referentes de un caudillaje que, hasta entonces, correspondía en esencia, siguiendo el modelo más puro germánico antiguo, al soberano³⁶.

35. Sobre la presencia magyar en la Europa central, sus modos de combatir y la raíz del éxito de sus incursiones, puede consultarse Bowlus (1995).

36. Verbruggen (1979-1980), 289-310 y 393-412.

3.2. *La Britania anglosajona*

Fuertemente influenciada por el mundo franco y carolingio, su propia dinámica evolutiva ha de separarse de esta órbita política y cultural en los aspectos militares. Dividido el viejo territorio romano en diversos reinos-estados en manos de distintas dinastías anglas, sajonas y jutas, no por ello dejan los espacios britanos anglosajones de mantener ciertas características comunes. Sin ir más lejos las tres formas de cumplir las obligaciones militares: el propio servicio de armas, el mantenimiento de las defensas y construcciones de fortificaciones y, en tercer lugar, el mantenimiento de los puentes y de la operativa red de caminos con una finalidad logística clara.

A finales del siglo VIII, cada rey anglosajón se apoya en su propia élite guerrera, que constituye la esencia de su poder, a la manera del viejo caudillaje militar germano, y que recibe el nombre de *gesithas* o *comites*, miembros de la institución sobradamente conocida del *comitatus*. Y, en la base del sistema, continúa operativo el pueblo en su conjunto, conducido para estos efectos por las élites locales que responden ante la iglesia o el representante del monarca, el *ealdorman*. Cada escenario, además, aparece dominado por los soldados profesionalizados al servicio ya del soberano, ya del *earl*, y otro tanto podríamos afirmar de los *thegns*, en los que la nobleza local sirve de aprovisionamiento humano de los apoyos guerreros de los monarcas o sus delegados más directos. Una base firme de poder y prestigio a la que no son ajenos los cuerpos de mercenarios.

No obstante, aunque la universalidad del pensamiento militar se mantenga común, existen divergentes comportamientos en la práctica, que obedecen, en no escasa medida, a la particular situación de cada espacio constituido en reino. Se considera a Kent el más franco carolingio de los territorios anglosajones³⁷, al menos en la dimensión bélica, y a Mercia el mejor estructurado desde esa perspectiva³⁸, pues la población soportó en gran medida el peso del deber de las armas, si bien acaudillados por una aristocracia esencialmente guerrera cuyo objetivo no fue otro que la supremacía a través de la presión y la amenaza de este gran ejército en la Britania de no pocas décadas. También es cierto que en otros espacios el posicionamiento militar difiere. Así, por ejemplo, el ejército de Northumbria desde finales de la séptima centuria en adelante tiende a centrarse en una amplia fuerza defensiva estática frente a las incursiones, afirmada sobre las milicias urbanas y con un poderoso peso de las ciudades³⁹, mientras que el cada vez más relevante Wessex busca afianzar su poder y prestigio allende sus fronteras aún a través de la abierta agresión e injerencia en los asuntos de otras tierras. Esta fuerza bélica se asienta en la élite guerrera, y al mismo tiempo

37. Keynes (1993), 111-131.

38. Brooks (1989), 159-170.

39. Dumville (1989), 213-222.

propietaria, que exige a la base de la población que depende de ella el cumplimiento de las tres funciones militares a las que antes aludíamos y a las que se incorporan otras de carácter más pecuniario que pronto serán comunes a todos los reinos. Si observamos, por ejemplo, la precisa ley de Ine de Wessex (siglo VII), comprobaremos que se denomina *fyrð* (de *faran*, cuya traducción aproximada correspondería al verbo ir), a la hueste del rey, a la expedición militar por él convocada. Distingue esta normativa entre las distintas calidades de miembros de la misma, correspondiendo a cada uno de ellos una penalización en caso de no asistir a la convocatoria: si se trata de un noble (*gesíðcund mon*), la sanción es elevada y conlleva la incautación paralela de patrimonio, si corresponde a un varón sin posesiones, pero de similar origen, la multa se reduce a la mitad, y para un soldado normal no aristócrata (*cierlisc mon*) disminuye hasta la mitad de esa mitad originaria⁴⁰.

Por otra parte, ningún hombre válido, ni siquiera aquellos que sirven a Dios en los monasterios, queda apartado de ciertas obligaciones primarias, como el mantenimiento de los puentes o de las defensas y fortificaciones⁴¹.

No podemos prescindir, en este rápido recorrido, de las tierras de Dal Riata, o de los territorios pictos de Orkney y Hébridas, absorbidos por el reino noruego denominado “*de las Islas*”, ni del espacio de la hoy Irlanda⁴². Las amenazas vikingas, y aún en ocasiones la propia presión anglosajona, derivaron su sistema militar esencialmente clánico a una mezcla entre éste y la fuerza legislativa del servicio impuesto de armas en el que no se consideraba exento ni siquiera a los hombres de Iglesia, si bien el término antiguo para denominar al combatiente, *laícb*, significa “*el que no es clérigo*”. Junto a estas necesarias reformas para incrementar los efectivos prácticos en caso de ataque o necesidad de defensa activa o pasiva, hemos de mencionar la presencia de pequeñas tropas mercenarias de caballería de procedencia foránea a estas tierras.

En cuanto a Gales y Cornualles, hasta su conquista por Wessex en el 814, basaban su modelo de recluta y lo poco que sabemos de su dimensión militar en un modelo de raíz romana, que se sirve de la centuria, la unidad de cien combatientes, provista por el *cantref*, o reunión de cien unidades de hábitat agrario⁴³.

40. Williams (1999), 10-42.

41. Esta perfilación general, que acabamos de realizar, puede rastrearse en mayor detalle, entre otros trabajos, en los siguientes, a los que remitimos puesto que nos han servido como base: Abels (1988); Norgard y Clausen (1997); Brooks (1971), 69-84; Hill (1978); Hawkes (1989); Hollister (1961), 61-74; *id.* (1962) reed. 1998.

42. Los datos que a continuación se apuntan brevemente, respecto a este territorio y sus aldeaños, proceden de dos obras de Bannerman que a continuación exponemos: Bannerman (1968), 1-11; *id.* (1974).

43. Véanse: Davies (1982) y muy especialmente el recomendable trabajo de B. Yorke (1995) sobre el reino de Wessex.

Pero regresemos por un momento al *comitatus* y a los miembros que componen este grupo de guerreros de élite, nobles, verdadero soporte del poder del monarca. En su trabajo referencial sobre esta institución en el mundo anglosajón anterior a Hastings, Evans considera que no sólo se trataba de una organización concebida por y para la guerra, sino que gracias a ella consiguió abrirse paso hasta imbricarse en otras estructuras de la sociedad mediante un sistema mutuo de realimentación entre los miembros de éste y su caudillo, basado en una serie de deberes y obligaciones que abarcan desde el acompañamiento más puramente cortesano hasta la entrega de la propia vida a cambio de la fama y a mayor gloria del señor, y una contraprestación en tierras, oficios palatinos, posibilidad de apropiación de un tanto de los tributos y participación en el botín conseguido durante las campañas. El poder del grupo, del *comitatus*, era directamente proporcional a la importancia del soberano y a su prestigio⁴⁴.

Sin duda uno de los más significativos ejemplos de este liderazgo apuntalado sobre la función militar, aunque no sólo, sea el caso del rey Alfredo el Grande, a finales del siglo IX. Sus predecesores dejaron establecido un modelo logístico tan favorable a sus propios intereses que terminó por volverse contra sus sucesores a raíz de las incursiones vikingas predatorias previas a la entronización de este príncipe. A partir de su victoria de Edington, en el 878, Alfredo se propuso la reorganización del sistema heredado. Sus propias lecturas anteriores, entre las que se incluía el ya clásico manual de la guerra de Vegetio, o la literatura histórica, unidas a la propia realidad del momento, a su experiencia, crearon en él cultura suficiente para disponer de datos operativos a la hora de planear estos cambios.

Sus más exitosas innovaciones consistieron en un sistema de defensa en profundidad que se caracterizaba por un ejército de campaña móvil y flexible y unas fuertemente defendidas y provistas guarniciones en las principales fortalezas⁴⁵, clave de este modelo basado, además, en las líneas de comunicación principales que cruzaban el país. Alfredo dividió en dos grupos sus tropas: por una parte una fuerza de intervención rápida, sobre caballería como elemento principal, y otra de refuerzo que pudiera garantizar la retaguardia y servir, en caso de necesidad, como apoyo o relevo⁴⁶. Los tácticos tardorromanos se hubieran sentido orgullosos de un discípulo tan privilegiado en sus aplicaciones prácticas de la teoría por ellos recogida.

Un renovador sistema de impuestos y tasas, unido a la protección de las propias cosechas, sumado a la implicación personal de la aristocracia y del pueblo

44. Evans (2000).

45. Una ardua labor de construcción o reconstrucción en algunos casos, de reequipamiento, dotación correcta y suficiente de tropas que ha sido estudiada en profundidad en el libro *The Defence of Wessex*, del cual son editores Hill y Rumble (1996).

46. Abels (1998), 124-168.

en esta empresa común, y rematado por un excelente apoyo logístico, garantizaron la eficacia suficiente para concederle la consecución de unas victorias que le convirtieron en el caudillo carismático que los anglosajones reclamaban para seguir en su lucha contra los invasores vikingos. Alfredo, así, consiguió un reino unido y gobernado por una eficiente autoridad central y una monarquía lo suficientemente fuerte, basada en este exitoso modelo militar, fruto de una correcta plasmación y modernización de los modelos teóricos tardorromanos, e hija de un digno heredero de la eficaz y antigua institución del caudillaje militar germano⁴⁷. En este rey, sin duda, se unen a la perfección, al igual que en Carlomagno, la síntesis de los dos mundos conceptuales.

3.3. *Hispania: de los reinos germanos hispanos a la configuración posterior al 711*

Una visión fácil y simplista de la dimensión militar en la Hispania de las centurias V a la X reduciría ésta a un antes y un después del 711, año en que se produce la invasión musulmana del territorio después de la derrota de Guadalete⁴⁸, obviando que los primeros contactos entre el Islam y nobles vinculados de una u otra forma a la monarquía visigoda pueden datarse en el norte de África en momentos anteriores a esta fecha y, para el patrón de comportamiento que analizamos, la fuerza llegada desde el Estrecho supone una mezcla de contingentes formados en la esencia militar bizantina a los que se suma la propia práctica de las tropas del emir Muza ibn Nusayr⁴⁹.

Si la instalación de los visigodos en Hispania nace fruto de un pacto con Roma, no resulta menos cierto o conocido que el contacto militar entre ambos adversarios no es nuevo, sino que el roce mutuo ha imbuido a los germanos de las habilidades prácticas, que no teóricas, del modo de concebir la guerra y su cotidianidad entre los hombres del Imperio⁵⁰. Así, cuando se documenta su lle-

47. Un análisis más extenso y minucioso sobre las cualidades de mando de Alfredo puede encontrarse en la obra de Peddie (1989).

48. Algunos autores clásicos de historia militar así lo afirmaron décadas atrás, como Miranda (1958), 7-35. Una opinión que para otros autores más recientes sigue constatándose viva, aunque en muchos aspectos no la compartamos.

49. Junto con las tropas musulmanas que constituían el centro de este ejército invasor del norte de África, encontramos al servicio de Ibn Nusayr a unidades armenias contingentes armados cristianos de Siria y Egipto que participaban con carácter de mercenarios en la empresa y, por supuesto, la base beréber, recién convertida al Islam: De Sotto y Montes (1980), 16-19.

50. Todavía en la actualidad se sigue a la espera de una definitiva respuesta por parte de la comunidad científica sobre si la instalación de los visigodos en Hispania responde al advenimiento de un pueblo o de un contingente de tropas germanas, a manera de confederación, denominadas acorde a la *gens* gótica, aunque no indefectiblemente vinculadas a esta etnicidad. Véase a este respecto Kulikowski (2002), "Nation vs. Army: A necessary contrast?", Gillett, (2002), pp. 69-84.

gada sabemos que en su mismo camino desde Adrianopolis, habían incorporado ya a su propio *modus* bélico las mejores puestas en práctica romanas, especialmente en lo tocante a la caballería pesada y ligera, a la necesidad de preservar la red de comunicaciones ya existente, amén de procurarse una respuesta efectiva a un planteamiento de batalla mediante la conjugación del mando carismático y la probada fuerza de combate a sus órdenes⁵¹.

La formulación de la monarquía visigoda en Hispania fue el resultado también de la síntesis entre la jefatura del ejército y los apoyos de ella derivados como rasgo principal del poder del príncipe y la soberanía concebida sobre un carácter gestor y administrativo conforme a los modelos imperiales. Presente la ratificación de las armas como rasgo protocolario en el nombramiento del monarca, siempre en la más pura línea de la tradición militar, ésta atestigua su continuidad en el tiempo. El *comitatus*, al igual que en otros espacios surgidos de la fractura occidental de Roma, se constituye en el apoyo esencial de los soberanos, en la base afianzadora de su poder o en el factor desencadenante de su caída.

Si obviamos la cuestión religiosa, que enfrentó a católicos y arrianos, sobre el papel quedaba desde el mismo siglo V garantizada la supremacía gótica peninsular frente al reino suevo del noroeste aún mucho antes de su definitiva aneación. Tan sólo sus veleidades de mantener operativa una ruta de comunicación con los francos merovingios a través del mar, que tan peligroso resultado hubiera conllevado para los godos después de su fracaso en Vouillé, forzaron la maquinaria intervencionista de Leovigildo, cuyas campañas en el norte, especialmente aquellas destinadas a la incorporación de Cantabria y la costa norte, tuvieron como objetivo romper esta relación marítima. Para ello fue necesario castigar con total dureza a los vencidos, siguiendo el modelo teórico propugnado por el mismo Vegetio en su obra. Gregorio de Tours dejó cumplida referencia a estas actividades al afirmar que:

*“...navis, quae de Galleis in Galliciam abierant, ex yuso Leuivildi regis vastatae sunt, res ablate, hominis caesi atque interfecti, nonnulli captivi abducti sunt...”*⁵².

Ningún enemigo a la espalda, ningún doble frente abierto, interno y externo, menos aún triple frente. Leovigildo concibió su tiempo de gobierno con un único objetivo: asegurar el blindaje de su territorio ante cualquier amenaza. No obstante, la principal guerra franco-gótica de entidad posterior al choque de Vouillé, nació con la provocación del ataque de los primeros contra la Narbo-

51. Para estos primeros momentos, especialmente la quinta centuria, resulta de utilidad el trabajo de Halsall (2003).

52. Gregorio de Tours, *Historia Francorum*, VIII, 35; Cfr: Torres Sevilla (2003), 225.

nense en el 589. Se trataba de una operación militar de gran nivel y envergadura, con notable superioridad numérica enemiga. Fue curiosamente un general de origen hispanorromano, Claudio, al servicio de Recaredo, el motor de la victoria en la batalla de Carcasona. Un hecho de armas que recuerdan Juan de Bicláro, quien atribuye el éxito gótico a la pericia como táctico de Claudio y la falta de la misma del franco Boso:

“...Anno VII Mauricii, qui est Recaredi regis III annus, Uldila episcopus cum Gosuintha regina insidiantes Recaredo manifestantur; et fidei catholicae communionem quam sub specie Christiana quasi sumentes projiciunt, publicantur: Quod malum in cognitionem hominum deductum, Uldila exsilio condemnatur; Gosuintha vero catholicis semper infesta vitae tunc terminum dedit. Francorum exercitus a Gonterano rege transmissus, Bosone duce, in Galliam Narbonensem obveniunt, et juxta Carcassonensem urbem castra metati sunt. Cui Claudius Lusitaniae dux a Recaredo rege directus obviam inibi occurrit: cum quo congressione facta, Franci in fugam vertuntur; et direpta castra Francorum, et exercitus a Gothis caeditur. In hoc ergo certamine gratia divina, et fides catholica quam Recaredus rex in Gothis fideliter adeptus est, esse noscitur operata: quoniam non est difficile Deo nostro, si in paucis [Si paucis] una in multis [Una multis] detur victoria. Nam Claudius dux cum CCC viris LX millia ferme Francorum noscitur infugasse, et maximam eorum partem gladio trucidasse. Non immerito Deus laudatur temporibus nostris in hoc praelio esse operatus, qui similiter ante multa temporum spatia per manum ducis Gedeonis MCCC viris multa millia Madianitarum Dei populo infestantium noscitur extinxisse...”⁵³.

Estos choques entre los ya viejos enemigos, volvieron a replantearse durante la rebelión del duque Paulo, en tiempos de Wamba, que gozó de las simpatías de los francos y provocó una dura respuesta del goda. Los testimonios recogidos por Bicláro, aunque parciales obviamente, nos recuerdan varios aspectos significativos: la eficacia de las armas toledanas cuando a su frente se encuentra un caudillo de competencia probada, la fama de dureza del ejército gótico -recogida en el episodio del asedio a Nimes-, y la necesidad de poner freno al enemigo interior, siempre tan peligroso⁵⁴.

Pero junto a estos momentos de choque armado en Galia, hallamos otros bien conocidos contra los adversarios peninsulares: los astures, los vascones, los suevos, que nos hablan mejor y más claro de las dificultades intrínsecas a un gobierno germano discutido por no pocos. Hemos mencionado las campañas de

53. Juan de Bicláro, *Chronicon*, Patrología Latina Database, vol. 72, columna 868,

54. Julián de Toledo, *Historia rebellionis Pauli*, Patrología Latina Database, vol. 96, columnas 763-806.

Leovigildo, podríamos incorporar las de sus herederos en el trono, hasta los tiempos del mismísimo Rodrigo. Todo ello nos proporciona la visión de un territorio de compleja cohesión y mantenimiento sin el uso continuado de las armas, una de las razones que mejor explican, por ejemplo, la asociación de los hijos de Leovigildo, Hermenegildo y Recaredo, al poder.

Finalmente, en esta rápida relación de enemigos, hemos de incluir a los bizantinos, presentes desde las querellas entre Akhila y Atanagildo, que reclamó su apoyo en el conflicto civil⁵⁵. Hasta su expulsión por Suintila, una franja no pequeña de territorio hispano, con un punto de apoyo esencial en el norte de África, siguió los modelos militares del imperio romano de Oriente, que se reprodujeron aquí de la misma forma, en lo tocante a la tipología de los asentamientos de campesinos-soldados y de empleo de la fiscalidad como motor económico de estas tropas y los intereses de Bizancio, que hallamos en Italia o en África.

Esta urgencia por preservar unas fronteras internas a la espera de completar el dominio real del territorio peninsular, unida a la apremiante necesidad de garantizar la fortaleza del estado visigodo, garantizó en un primer estadio evolutivo la existencia de un ejército regular, con tropas asentadas en estos limes norteños, bizantinos y francos, sostenido por la *annona*⁵⁶, apoyado desde el principio por la obligatoriedad de asistencia, en caso de ser reclamados por el trono, de los ejércitos privados con carácter complementario y de apoyo sustancial, tal y como atestiguan las leyes del s. VI y sus interpretaciones⁵⁷. De todo ello, algunos autores obtienen la conclusión de una tendencia a imitar los modos organizativos bizantinos y, por extensión, tardorromanos de los que éstos se nutren⁵⁸.

A lo largo de todo el siglo VII, y, especialmente, desde el reinado de Ervigio, observamos una tendencia a capitalizar los delegados del monarca, al frente de las grandes circunscripciones administrativas, el poder político lógico de esa cesión sumado a unas atribuciones fiscales crecientes destinadas, en principio, a soportar los gastos derivados del sostenimiento del ejército en aquellos espacios. Esta peligrosísima combinación de elementos sólo podía sostenerse sin amenaza al trono, si entre los delegados regios y el soberano existían potentes lazos de vinculación y fidelidad en la línea tradicional germana antigua. Pero, como ya hemos advertido a propósito de otros espacios europeos analizados, la clave para el eficaz funcionamiento de este sistema radica en el correcto caudillaje del prín-

55. Vallejo (1993), 9-130.

56. “*De his, qui annonas distribuendas accipiunt vel fraudare presumunt*” (*Liber Iudiciorum*, IX, 2, 6).

57. Como por ejemplo las siguientes, recogidas en el *Liber Iudiciorum*, VIII, 1, 3; VIII, 1, 7; IX, 2, 7.

58. Nos referimos a la clásica interpretación de Babero y Vigil (1974), 73-74 y a su aceptación, entre otros, por Sánchez (1989), 118.

cipe y en su ejemplarizante comportamiento. Una lealtad que, a la menor muestra de titubeo de la realeza ante un episodio de crisis, se manifiesta en un ataque directo a la persona del príncipe, a su familia y, por ende, a la propia legitimidad de una monarquía tan endeble. Una amenaza de la que se recogen ejemplos clarificadores y muy conocidos en los *corpora* legislativos de tiempos de Egica o de Chindasvinto, entre otros⁵⁹, y que tantas alteraciones provocó en el estado toledano hasta su desarticulación.

A lo largo de la séptima centuria y hasta el final del reino en el 711, asistimos a una imperante necesidad del rey de garantizar la integridad de su propia persona y autoridad y, al mismo tiempo, a una paulatina desaparición del concepto de ejército estatal, con participación de tropas privadas, para dar paso a un ejército territorializado, con carácter señorial, cuyas reclutas, aunque bien legisladas por la monarquía, en la práctica quedaban garantizadas por esta *prima nobilitas* que, con harta frecuencia, convirtió la *utilitas* pública en *utilitas* propia, sacudiendo con sus propios intereses los del trono, cada vez más carente de fuerza coercitiva si no contaba con el apoyo de una facción aristocrática⁶⁰. Una tendencia que, como es sabido, favoreció los hechos del 711.

¿Qué sobrevivió de este modelo a partir de Guadalete? ¿Qué papel renovador jugó Al-Andalus y los reinos cristianos norteños desde el siglo VIII? El mutuo conocimiento, las comunes raíces, facilitaron unas formas de emprender la guerra, de garantizar la defensa y de conjugar el papel del ejército estatal y del basado en la suma de las tropas proporcionadas por los señores territoriales, delegados de la monarquía en el norte, que acabó convirtiéndose en casi simbiótico modelo después del equilibrio de fuerzas del s. X.

Por mentar algunos significativos ejemplos, podemos ceñirnos a las formas de convocar a la hueste, tanto en el islam español como en el reino de Asturias primero y en el de León más tarde, pues ambas beben de las formas toledanas y éstas de la herencia tardorromana⁶¹. También a las maneras en las que el poder de un príncipe se afianza sobre la base del apoyo de fidelidad de su *prima nobilitas*, y cede cuando éste deja de ser visto como un ejemplo de liderazgo en la paz y en la guerra. Finalmente, el mantenimiento en la frontera de contingentes humanos asentados allí con una serie de privilegios pero, también, de obligaciones militares, se asemeja a ambos lados del *limes* y responde a modelos de acción/reacción similares a los anteriores al 711 y comunes a las respuestas ya descubiertas por Bizancio y plasmadas en sus tratados de la guerra, a los que hemos hecho alusión en la primera parte de este tra-

59. Sánchez (1989), 130-135.

60. Muy significativas son, a este respecto, las leyes militares de Wamba y de Ervigio, su sucesor.

61. Remitimos a Salvador Ventura (1990), 169-185.

bajo⁶². Para terminar, incluso las formas de preservación de las vías de comunicación, del apoyo logístico a los ejércitos, de castramentación y reordenación geoestratégica del espacio, de penetración en territorio enemigo o de planteamiento de una batalla, incluso las prácticas de ataque y defensa de las unidades de infantería y caballería, tanto ligera como pesada, proceden, al norte y al sur de la frontera hispana, de modelos teóricos y prácticos tardorromanos y bizantinos, con cierta reinterpretación visigoda y norteafricana no perturbadora en demasía de este sustento nutricional común⁶³.

Conclusiones

La dimensión militar en el Occidente europeo posterior a la desaparición de la autoridad imperial, mantiene unos patrones de comportamiento común a los diferentes territorios que se constituyen en reinos. Así, entre los francos, anglosajones y visigodos encontramos una fuerte presencia táctica de las formas de concebir la guerra y la respuesta práctica a las necesidades de la misma documentadas en las obras teóricas tardorromanas precedentes y aún bizantinas coevas.

Por otra parte, los irresolutos problemas aportados por el modelo de ejército imperial del s. V, con fortísima presencia de *foederati*, terminaron por afianzar un sistema mixto en el que se combinaban las huestes reclutadas sobre la necesidad de defensa del estado con aquellas otras levadas procedentes de la territorialización señorial, lo que convirtió en indispensable sostén del sistema el vínculo entre la *prima nobilitas* y el príncipe, heredado de las etapas precedentes germanas: el caudillaje militar.

La solidez de este lazo, afianzado sobre las mismas virtudes cantadas a propósito de los líderes germanos del s. I-III, se encuentra en personajes hacia los que se muestra una probada lealtad: Carlomagno, Alfredo el Grande, o Leovigildo. La ruptura o debilidad del mismo, unida a la cesión de funciones por delegación o apropiación hacia las estirpes aristocráticas vinculadas al espacio bajo su mano y gobierno, provocaron la caída de soberanos o su cuestionamiento en auténticas crisis civiles, la más conocida, sin duda, la que desembocó en la invasión árabe del 711 en la Península Ibérica⁶⁴.

62. Y en cuanto a su mayor aportación a las formas musulmanas, resulta evidente, y ya ha sido objeto de análisis por parte de otros especialistas, el papel jugado por los bizantinos en la invasión del 711.

63. Remitimos a nuestro estudio sobre la organización militar en los reinos cristianos y Al-Andalus entre el siglo VIII y finales del X, de donde hemos extractado los datos que aquí se recogen de forma sucinta (Torres Sevilla, 2002a, 171-221).

64. García Moreno (1975b).

Igualmente, entre los musulmanes asentados aquí y la respuesta cristiana que configurará el espacio astur y, después, el reino de León, delimitado por la definición territorial de la última *Gallaecia* romana, encontraremos similares pautas de comportamiento ante la práctica de la guerra, las formas de sostener a un ejército parcialmente profesionalizado en la frontera y formado por levas temporales y apoyo mercenario cuando la ocasión lo requiere. También, como si se tratase de la enfermedad endémica de cualquier forma de monarquía y gobierno en la Península, asistiremos a la búsqueda del respeto a través de la práctica de la guerra por parte de los príncipes asturianos, leoneses y andalu-síes. Sólo quien acaudilla bien al ejército y mantiene cohesionadas sus fuerzas en defensa del estado y con la suficiente energía para reprimir en caso de necesidad, consigue sostenerse en el trono sin cuestionamiento de sus más cercanos. En la Hispania de los siglos VIII al X se hizo bueno el viejo adagio de Flavio Vegetio Renato: *si quieres la paz, prepárate para la guerra*. Sin duda el tratadista romano pensaba en los enemigos allende las fronteras, los hombres de nuestro temprano Medioevo peninsular en los adversarios políticos dentro de ellas.